Poco á poco, descubríamos la ciudad, que parecía brotar del suelo á proporción que ascendíamos. Cuando ya no hubo peligro de chocar con ningún edificio, se lanzaron los *raúdos* al aire.

Raúdos llamaban á aquellos grandes pájaros que podían volar muchas leguas sin fatigarse. Cuando el viento impelía el balón en sentido favorable, los *raúdos* se posaban en los travesaños del bastidor para descansar. Cuando el viento era contrario, se lanzaban al espacio, luchaban con él procurando dominarlo; y cuando su fuerza era tanta, que no podían resistirlo, se les dirijía diagonalmente, con lo que podían avanzar dando bordadas como los buques.

Los *raúdos* que iban en el emparrillado de popa, servían para relevar á los otros cuando se fatigaban, lo que se verificaba cambiando uno por uno.

Cuando el globo necesitaba aumentar ó renovar el gas, tomar provisiones, ó reparar averías, descendía en algún punto donde la Compañía tenía establecidas estaciones, cosa practicable, porque el conductor, ó piloto, iba provisto de los planos é instrumentos necesarios para saber la altura en que se hallaba.

Como nuestro globo era de grandes dimensiones, tiraban de él dos pares, ó *troncos* de *raúdos* colocados unos por encima de los otros, mientras los dos pares de respeto, descansaban en la barquilla.

La marcha del aeróstato era regular y veloz, sin que se sintiesen vaivenes ni sacudidas.

Yo iba muy contento y entretenido, bien que no corría ningún riesgo; pero el amigo D. Pacífico miraba de vez en cuando hacia abajo con un aire de azoramiento que no podía disimular.

Agitación, que lo observaba con el rabo del ojo, sonreía maliciosamente de las aprensiones de su futuro, y seguía imperturbable contemplando la superficie del suelo, de la que nos hallabamos á considerable altura.

En esto, el tiempo comenzó á refrescar, é insensiblemente nos fué envolviendo una nube tempestuosa que nos cubrió de tinieblas.

El viento arreció, arrastrándonos á pesar de los heróicos esfuerzos de los *raúdos*, que daban graznidos alarmantes.

Mirando el conductor que los esfuerzos de los generosos animales eran inútiles, los hizo subir á los travesaños y dejó que nos arrastrase la tormenta.

La situación tomaba un carácter de peligro inminente; yo sufría al contemplar que en el caso de una catástrofe no me sería posible salvar á los viajeros y que tal vez tendría que presenciar el trágico fin de la amable Agitación.

El globo daba entonces fuertes sacudidas al ser impulsado por el viento.

Los cordeles que sujetaban la barquilla silbaban de un modo siniestro; el lienzo de que estaba construido el aparato gemía; y los *raúdos* en medio de aquel desorden lanzaban graznidos lamentables.

Relámpagos repetidos inundaban de luz momentáneamente cuanto nos rodeaba, y las descargas eléctricas se sucedían unas á otras.

La escena no podía ser más imponente. D. Pacífico, con las manos enclavijadas y los ojos fijos en el cielo, movía los labios como si murmurase una plegaria.

Agitación, que contemplaba la gravedad de la situación, había olvidado su jovialidad: concentrada en sí misma con los ojos desmesuradamente abiertos, y casi sin respirar, seguía todas las peripecias del terrible meteoro con notable ansiedad.

El piloto y sus ayudantes parecían también bastante preocupados por aquel estado de cosas.

Por fortuna, la nube se resolvía en un gran chubasco y el globo pudo penetrar en un espacio más sereno donde se pudieron lanzar de nuevo los *raúdos* al aire.

Don Pacífico se fué tranquilizando aunque lentamente: Agitación volvió á animar su semblante con su habitual sonrisa, y la reducida tripulación recobró la calma.

Mas apenas se reponian los viajeros del susto pasado, cuando nuevos peligros se presentaron.

El globo, que luchó tan valientemente con la borrasca, había sufrido avería; el gas se escapaba por una abertura situada en la parte superior, y el balón comenzaba á descender con tal rapidez que podía poner en peligro la vida de los viajeros.

En tan críticas circunstancias, hallé oportunidad de prestar un buen servicio á mis compañeros de aventura.

Subí violentamente adonde se hallaba el rasgón que por fortuna no era grande; logré unir sus labios, y pude así disminuir considerablemente la salida del gas.

Los *raúdos* fueron recogidos y pudimos descender suavemente hasta tocar en tierra.

El conductor comenzó á desocupar el balón para recojerlo, y entretanto practicaba esta operación, envió un hombre para pro-

curarse carros en un caserío inmediato que al descender había descubierto.

Agitación no tuvo paciencia para esperar la llegada de los carros, sino que resolvió ganar á pié el caserío con grande aflicción de Don Pacífico, que hubiera preferido aguardar acostado bajo alguna sombra todo el tiempo que hubiera sido necesario; pero no había remedio, la joven echó á andar y el buen hombre la siguió suspirando.

El viaje tenía que ser en extremo penoso verificándose por un arenal en que se hundían los viajeros hasta el tobillo, recibiendo al mismo tiempo un baño de sol tan abrasador que el desdichado amante apenas podía resistir, enjugándose sin cesar el sudor que á chorros brotaba de su frente.

Agitación caminaba con relativa rapidez, deteniéndose á cada momento para animar á su amante, que le dirigía miradas llenas de dolor.

Por fin, llegaron al caserío, donde fueron acogidos bondadosamente, les sirvieron refrescos y pudieron descansar.

Al caer la tarde, regresaron los carros que fueron á recoger el globo, los tripulantes y los *raúdos*.

Llegada la noche, alimentados los viajeros y repuestos de las fatigas, se pensó en lo que debería hacerse al siguiente día. Quedó resuelto que muy de mañana se trasladarían en los carros á un pueblo no muy distante que estaba á la orilla de un lago, donde se podría fletar alguna embarcación que los llevara á Denor.

Esta resolución tomada, todos se entregaron al descanso, menos Agitación, á quien pareciéndole la noche encantadora, quiso dar un paseo por un histórico y misterioso bosque inmediato, que había percibido en la tarde. Como Don Pacífico había tomado la resolución heróica de no acompañarla, ella se había decidido á ir sola; pero esto no se verificó, porque varias personas del lugar se ofrecieron á acompañarla.

Dos horas largas anduvo la excursionista recorriendo aquella extensa selva, y escuchando con interés las tradiciones y leyendas que sus acompañantes le relataban.

Al día siguiente, muy de mañana, se despidió la caravana de las buenas gentes que con tanta cordialidad la habían acogido, y antes de medio dia se halló en el lugar que deseaba.

Los viajeros alquilaron una barca, y conduciendo todo lo que llevaban á bordo, se hicieron á la vela, navegando en un magnífico lago cuyos límites se perdían en el horizonte.

Llegada la noche, Agitación resolvió pasarla sobre cubierta,

contemplando el siempre nuevo espectáculo del Cielo; solamente obligada por el fresco de la madrugada, bajó á dormir á su camarote.

Tres días después de la marcha de los novios, la familia Explanada, llena de júbilo, recibía en su seno á la inquieta viajera; y Don Pacífico corría á encerrarse en su casa para descansar de tantas fatigas.

Durante ocho días no se volvió á ver la cara del regordete por la casa de Don Austero. El pobre hombre fingió hallarse enfermo para sustraerse por algún tiempo de la tiranía de su amada.

Empero, Agitación no pensaba desistir del viaje proyectado, á pesar de los percances sufridos; por cuya causa mandaba á su futuro frecuentes recados informándose del estado de su salud y manifestándole grandes deseos de verlo.

Don Pacífico, que á pesar del miedo que le causaban los caprichos de su novia, no podía vivir sin estar á su lado, se dió por curado y se resolvió á ir á verla.

—Puntualmente escribía á usted, le dijo Agitación cuando le vió entrar.

—Mucho celebro que quien tanto amo se ocupe de mí, contestó el hombrecillo inclinándose reverente.

—Sabe usted que tengo mucho gusto de que se halle á mi lado y que no puedo ir á parte alguna sin que me acompañe, contestó la joven.

—Pluguiera al Cielo que la acompañase solamente en su casa, ó en uno que otro paseo moderado dentro de la ciudad, y no en esas caminatas inconsideradas, en que además de los peligros que en ellas se corren, queda uno rendido de fatiga..... La última que intentó usted..... me ha costado ocho días de cama.

—Pues, mire usted, señor Don Pacífico, puntualmente le escribía para que se dispusiera á emprender de nuevo el viaje á Leridia.

—¡Pero, Agitación, por el amor de Dios! ¿Qué no quedó usted satisfecha con las últimas aventuras? Yo, por mi parte,.... quedé aburrido..... completamente de tal viaje.

—Muy bien, señor mío; contestó Agitación paseando con viveza por la sala y hablando precipitadamente; yo no quiero de modo alguno causarle penas. Lo mandaba llamar porque como amigo que quiero tendría gusto en que me acompañase: mas una vez que le es tan desagradable caminar conmigo, no permita Dios que por mi causa sufra usted la más pequeña molestia, y puesto que usted no quiere acompañarme invitaré á algún amigo que sea menos renuente que usted para obsequiar mis deseos.

—¡Por los pecados de nuestros antepasados! Exclamó Don Pacífico. Permita Dios que sea yo sentenciado á vivir eternamente en el Planeta Neptuno, si no es usted la mujer que vá á dar al traste con el poco juicio que me queda.

Vamos, pues, á donde usted quiera: lléveme usted hasta el fin del mundo: viviremos si, así le place, dando vueltas mientras dure nuestra vida al rededor de la esfera que nos sustenta, bien sea en globo, ó cabalgando en *raúdos* si así le parece mejor.

¿Cuando va á ser la marcha?

—Le doy dos días para que acabe de reponerse y para que arregle sus asuntos.

Dentro de tres días muy de mañana lo espero.

—No faltaré, contestó despidiéndose el buen hombre, un poco mohino y salió de la sala.

Al tercer día los amantes se elevaron magestuosamente en un hermoso globo: los *raúdos* lo arrastraron con violencia, y poco después desapareció en el horizonte.

Yo, que había perdido por completo el entusiasmo por los viajes en globo, no tuve por conveniente acompañar á mis amigos aquella vez: por lo tanto, cuando los ví desaparecer regresé incontinente á mi domicilio.

V

Pequeñita, vivaracha, con carita de angel, siempre benévola y risueña, Venturosa se hallaba en la edad en que las niñas al trasformarse en mujeres viven soñando con deliciosos fantasmas, con goces dulcísimos: que sólo piensan en el amor, en la amistad, en el cariño de sus padres y parientes: que por todas partes ven jardines, oyen aves canoras y aspiran perfumes embriagadores.

Entraba en aquella edad feliz en que la ilusión nos engaña con mentidas promesas de dichas quiméricas; en que corriendo la sangre ardiente por las venas con dulce rapidez, inflama la imaginación, haciendo que los sentidos perturbados no vean las cosas con la deformidad que tienen.

Es una traición de la Naturaleza que nos miente mostrándonos brillantes perspectivas, donde no hay más que tristeza y horrores.

Tal vez sea esto, para que podamos recorrer gran parte de nuestro camino sin desesperarnos, con el fin de que lleguemos á concluir la misión que á cada uno se nos ha confiado.

Mas sea de esto lo que fuere, la verdad es que la linda Venturosa vivía en un edén.

Como era una de esas criaturas privilegiadas, de las que para significar la facilidad con que se atraen las simpatías de la generalidad de la gente, se dice, que tienen la sangre muy ligera, resultaba que en todas partes era recibida con demostraciones entusiastas de cariño.

Hombres y mujeres se disputaban su amistad, y donde quiera que llegaba parecía que iba con ella la alegría.

Su vida, pues, se deslizaba apacible y serena, gozando del gran placer de ser querida por todos.

Como era bien formada, y su sangre de la más pura, su bienestar físico estaba en perfecta armonía con los goces del alma que su rica imaginación le proporcionaba.

En resumen, Venturosa era la criatura más feliz: era la niña mimada de la familia, sin que sus hermanas se encelaran por la preferencia de que era objeto, puesto que ellas tácitamente se la acordaban.

Las amistades de la casa iban por ella frecuentemente para llevarla á paseo, para invitarla á comidas, á meriendas, á bailes, ó simplemente para que pasara el día á su lado.

De suerte que Venturosa poco permanecía en su casa, y se sabía cuando estaba en ella, porque á través de los cristales de su ventana se escuchaban como el gorjeo de un zenzontle, los trémolos argentinos de su garganta.

Cuántos amadores quemarían incienso á los pies de la bella feliz, fácil es imaginarlo; pero su corazón bondadoso para todos, quería conservarse libre.

Acaso Venturosa no encontraba aún su bello ideal entre la turba de galanes que la acediaban. Conformidad era el objeto especial de su cariño, porque el talento que la adornaba unido á su excelente carácter, á su ternura y á su propensión á los sueños, hacían que la joven se sintiera atraida hacia su hermana con irresistible fuerza.

Venturosa, siempre que podía, procuraba pasar el tiempo al lado de su hermana. Le agradaba mucho oir discurrir á Conformidad sobre lo efímero de las dichas de la vida; sobre los perennes y positivos goces que les ofrecía la mansión de los bienaventurados.

A veces era tal el fuego de la imaginación de la hermosa soñadora, que prorrumpía en un torrente de elocuencia, lleno de descripciones magníficas, de férvidas esperanzas, de idealismo y de sentimiento.